

los monumentos públicos, y se coloca en los trofeos." Tal era el culto de la cruz desde los primeros siglos.

No trataba la Religión Cristiana de un culto favorable á las pasiones como el paganismo, ni de un culto indiferente para las costumbres y la conducta del hombre; porque Jesucristo ordenó preferir su cruz á las honras y placeres, y que la negacion de sí mismo sucediese á la codicia y desenfreno. Hizo mansos y humildes de corazon á unos hombres apenas susceptibles de humanidad: inspiró el amor de los enemigos á los mónstruos de crueldad y de perfidia. Enseñó tambien la clemencia á los tiranos del universo, y á aquel pueblo que sobresalia sobre todas las naciones, derramando pródigamente su sangre y apoderándose de sus bienes; en una palabra, sacó al género humano del ancho camino, y le hizo marchar con perseverancia por los caminos estrechos y sembrados de espinas. No imponia su yugo Jesucristo á hombres de otra naturaleza que la nuestra, ó que fuesen de pasiones mas moderadas, ó mejores inclinaciones que la perversa multitud de los mortales; sino á los que entorpecidos con la lascivia y la depravacion en que habian nacido, parecian haber adquirido derecho de prescripcion para no abandonar los vicios.

No ha habido sin embargo cosa mas rápida que la mudanza que obró el Evangelio. Apenas predicaron los Apóstoles que el Hijo de María Santísima era el Hijo del Eterno, cuando muchos se sometieron á sus leyes en la misma ciudad en donde tan ciegamente le habian desconocido, y le habian crucificado. Los que le desecharon como blasfemo, le adoraron como igual al Altísimo. No necesitó San Pedro, como se ha leído con admiracion, mas que de muy pocas palabras para convertir millares de Judíos; y no obró con menos eficacia la gracia del Espíritu San-

to en los territorios de la Judea por donde Santiago y San Juan hicieron resonar la palabra de salud. Este fuego sagrado no pudo contenerse en los límites de Israel, y en poco tiempo estalló en todos los climas; y como un arroyo que no cabe en la madre por donde corre, se esparció con tanta rapidéz y á tal distancia que se puede comparar con los rayos del sol. La revolucion es tal, que la lloran los falsos dioses, la lamentan sus sacerdotes; y quedando desiertos los templos de los ídolos en el mismo centro de la supersticion, pronuncian quejas los sacrificadores de que han cesado los sacrificios por falta de asistentes. De este modo, si bien se recuerda, escribia Plinio al Emperador Trajano desde su gobierno de Bitinia.

»Nosotros somos de ayer (decia Tertuliano en las memorias dirigidas á informar á los Senadores y á los Césares) nosotros somos de ayer; pero ya llenamos vuestras ciudades y campos, vuestros egércitos y consejos, hasta el palacio, el senado y la audiencia. Abandonamos únicamente vuestros templos. Nosotros sobresalimos en vuestro comercio, en vuestros tratados y en todas vuestras juntas, menos en las supersticiones del capitolio, en las libertades del circo, y en las crueldades del anfiteatro. Si nosotros nos desterráramos del imperio, este seria un desierto, y vosotros consternados con el silencio y la poca actividad de las ciudades, mirariais vuestra soledad con horror." Esta prodigiosa mutacion, dicen los Padres casi contemporáneos, no se reduce á un solo pueblo, y á un imperio. No solo los Romanos sino los Persas, los Indios, los Arabes, los Scitas, el abrasado mediodia y el helado septentrion destruyen ó purifican sus templos, destrozán sus ídolos y detestan sus impuros sacrificios y sus fiestas impías, haciendo que sucedan á estas otras

nuevas y mas dignas solemnidades. Desde poniente á la aurora, y de un cabo del mundo á otro, se adora con sinceridad, segun lo predijo el Profeta, al verdadero Dios, y por todas partes se le ofrece la víctima sin mancha.

Hemos visto ya á San Panteno desde el segundo siglo llevar la luz evangélica á las naciones desconocidas del Oriente y hasta las orillas del Indo. San Atanasio por el ministerio de San Frumencio la dilató por la vasta estension del imperio de los Abisinios. Hasta los Arrianos se esforzaron con espíritu de emulacion á enseñar el Evangelio á los Homeritas y en las estremidades de la Arabia feliz hácia el Océano; y de esta semilla infecta no dejó de sacar el Señor la verdadera fe, que se mostró tan perfectamente en la resistencia magnánima de estos neófitos contra el furor de una numerosa colonia de Judíos sus vecinos, y contra todos los designios de los enemigos del Hijo de Dios. No prueba la multitud de los Mártires de Persia con menos solidéz la feliz consistencia que allí habia tomado el cristianismo. Vemos desde el tiempo del Concilio de Nicéa un Obispo de Escitia, llamado Juan, que en aquella augusta asamblea sobresalió por la fortaleza y pureza de su fe. Los pueblos llamados nomados ó pastores, errantes con sus ganados y sin otras casas que sus carros, habian recogido el precioso tesoro del Evangelio entre los despojos de las provincias Romanas sus vecinas. Los sarracenos que igualmente andaban errantes por los confines de la Siria y de la Mesopotamia, aprendieron con el mismo ardor la doctrina de la salud de los santos anacoretas derramados por aquellos desiertos. Acontecia tal vez que una sencilla muger ó un muchacho de los que llevaron cautivos, convirtiesen numerosos pueblos y naciones enteras.

No era efecto de la inconsideracion ó de una caprichosa credulidad la profesion del cristianismo. No solo los aduares sin policia ni luces, no solo el vulgo inquieto y amante de la novedad seguia esta ley tan dura como maravillosa, pues en el segundo y aun en el primer siglo de la Iglesia, se pasaron á nuestros estandartes muchos de los mas bellos ingenios de Roma y Atenas, abandonando las águilas romanas y la engañosa pompa de la supersticion. No trato ahora de hombres comunes, de espíritus crédulos y débiles: hablo de un Dionisio Areopagita, de Apolonio el Senador, de Justino, filósofo profundo: nombro á un Arístides, á un Meliton, á un Atenágoras, y poco despues á un Clemente Alejandrino, prodigio de erudicion; á un Orígenes, prodigioso en todos géneros; á un Tertuliano, tan digno de la fama, mientras fue fiel á la Iglesia: á un San Cipriano, á un Arnobio, á un Lactancio y á sus innumerables discípulos. ¿En dónde se encuentra mas juicio, mas luces, mas fuerza en el razonamiento, mas conocimientos adquiridos ni mas penetracion y estension de espíritu que en estos primeros defensores del cristianismo? Reputémoslos por sus triunfos contra los mas terribles contrarios, como contra Celso, contra Porfirio y contra todos los sabios de la gentilidad. Creyeron no obstante estos ingenios poderosos con sencilléz, y no fundaron su creencia por preocupacion de nacimiento y educacion como ellos mismos aseguraban, sino despues de haber defendido la mayor parte absurdos hasta que la verdad los subyugó con su evidencia moral.

Recordemos los motivos á que no pudieron resistir. Si las verdades morales, si las reglas ó las imágenes de ciertas virtudes tenian algo que les agradase, la obscuridad de los nuevos dogmas, los frenos de las antiguas costumbres y de los vicios

inveterados todavía permanecían enteros, y los mas elocuentes panegiristas de las buenas costumbres vivían tal vez mas sujetos que sus admiradores á las pasiones ignominiosas. Luego fueron muy poderosas las causas que vencieron su resistencia, y les obligaron á tomar una resolucion tan generosa y difícil: estos motivos fueron superiores á las fuerzas del entendimiento humano, y llevaban consigo la marca de la eterna verdad y el sello visible del dedo de Dios.

Hízose observar á estos entendimientos exactos y penetrantes el cumplimiento de las profecías en toda su estension, y el tiempo y lugar de la venida del Mesías, con todas las circunstancias de su vida y de su muerte, señaladas tanto tiempo antes que naciese en unos monumentos auténticos sin disputa. Mostráronles aquella serie de obras maravillosas, que aunque no hubieran sido profetizadas, eran bastantes para probar la dignidad y divinidad del culto que se les proponía. Recordáronles á los paralíticos, á los sordos, mudos y ciegos de nacimiento que Jesus habia curado, y á los muertos que habia resucitado á vista de toda la Palestina: á esto se unió que se habia resucitado á sí mismo, que habia aparecido con toda la gloria de su vida nueva á mas de quinientos testigos juntos, y que habia ascendido al cielo con la misma publicidad y esplendor. Los que atestiguaron estas verdades eran testigos oculares, y á algunos de ellos los habia librado el Señor del sepulcro, ó los habia curado milagrosamente, y así se ofrecieron á confirmar su testimonio, y con efecto le confirmaron con prodigios semejantes á los de su Maestro, y comunicaron á sus nuevos discípulos el poder de repetirlos.

Ahora bien; ¿no era absolutamente imposible que se enga-

ñasen, no digo los grandes ni los sabios, pero ni el vulgo mas ignorante y limitado acerca de unos objetos de esta naturaleza, y de unos hechos tan públicos, tan admirables y muchas veces repetidos? ¿Cómo seria posible convencerse, si no fuera verdad, de que habian presenciado dar vista repentinamente á ciegos de nacimiento, conocidos de toda una ciudad; la salud y vigor á unos miembros ya secos con una parálisis de treinta y ocho años, y la vida á los cadáveres que ya exhalaban mal olor? Pero sobre todo, ¿quién, no siendo verdad, se puso en la cabeza que tenia poder para hacer maravillas semejantes, y que muchas veces las habia hecho? El convencimiento solo en que estuvieron los primeros testigos de estos milagros, es una prueba irrefragable, y sola la persuasion mas sincera era la única que los podia hacer abrazar una Religion de la que tanto los alejaban las disposiciones naturales. Si los primeros Cristianos y con ellos los Apóstoles, si todos los miembros de la Iglesia primitiva, si aquella santa porcion del género humano que no ansiaba mas que honrar á Dios y edificar á los hombres, si estos no creían sinceramente lo que afirmaban con riesgo de su vida, su conducta seria la mas contradictoria y el fenómeno mas monstruoso. Esto es un trastorno del orden moral infinitamente mas increíble que la docilidad de la naturaleza á la voz de su Criador.

Hemos observado ya en los principios de esta Historia, y se verá despues repetidas veces, que no osaron los Gentiles decir que eran falsos los milagros evangélicos, y así á los sabios del paganismo les pareció mejor que negar los hechos, atribuir á la magia la resurreccion de los muertos medio corrompidos, la liberacion de los energúmenos, y la curacion de las enfermeda-

des mas incurables. Propusieron al Senado los Emperadores, admirados de la perpetuidad de estos prodigios, que sabian por los Gobernadores de las provincias, y que algunas veces vieron con sus propios ojos, que el Dios de los Cristianos fuese admitido en el número de los dioses del Imperio. Ya hemos oido á San Justino, á San Meliton, á Tertuliano, y á todos nuestros apologistas exaltar hasta lo sumo estos hechos milagrosos y estos poderosos testimonios, citando las piezas auténticas en que se eternizaba su memoria, apelando á los archivos romanos en donde estaban depositados, y reconviendo vivamente á los idólatras sobre su ingratitud para con el Dios de los Cristianos, tan indignamente desconocido. Aun cuando tan solo los fieles les diesen crédito, como lo dieron millones con tal firmeza que todo lo sacrificaban á la fe, si no hubieran visto los milagros que nos refieren; ¿quién no observa con San Agustin que su conversion seria un prodigio indestructible, y mucho mas lo seria el triunfo de una Religion despojada de todo auxilio humano contra todo el poder de la idolatría protegida por los Césares?

Recordemos quienes fueron en esta grande empresa los primeros actores. Eran doce pobres trabajadores, sin nobleza, sin bienes, sin letras, y sin ninguna de aquellas prendas naturales que arrebatan la estimacion de los hombres. ¿Qué elevacion ni que penetracion podia haber antes de la venida del Espíritu Santo en unas almas egercitadas desde la infancia, y enteramente ocupadas en las profesiones mecánicas y mas groseras? No entendian muchas veces mas que la corteza de las parábolas mas inteligibles que les proponia el Redentor para instruirlos. Tan llenos estaban de imperfecciones morales y naturales, que tra-

tando su divino Maestro de su mayor humillacion, osaron con una ambicion injusta y fuera de propósito disputar sobre quien seria entre ellos el primero. En una palabra, dos artesanos, Pedro y Pablo, el uno pescador y el otro curtidor de oficio, emprenden, siendo unos bárbaros á la vista del pueblo con quien habian de discutir, trastornar todas las ideas romanas, imponer leyes sobrenaturales al Imperio, y hacer que aquel terrible y soberbio coloso viniese rodando á los pies de Jesucristo.

Representémonos, segun la bella idea de San Crisóstomo, que siendo contemporáneos de estos dos Apóstoles y encontrándolos cerca de Roma, á vista de sus soberbias torres, de aquellos palacios que llegaban á los cielos, entre carros triunfales, entre legiones, Tribunos y Procónsules que salian de sus suntuosos pórticos para llevar á las naciones la ley y la servidumbre; imaginemos pues, que á vista de tantos objetos que deslumbraban y abatian toda otra filosofía que no fuese la de estos héroes del Evangelio, supongamos que nos comunican sus ideas y su proyecto de convertir á Roma; ¿no exclamaríamos: esos pensais hombres incomprensibles? ¿Con que quereis arruinar la religion y los dioses de Roma, y que el Senado y los Césares adopten vuestros dogmas desconocidos para el pueblo Romano? Sin comitiva, sin medios de sujetarlos ¿cuáles son los recursos ocultos en que confiais? ¿y en dónde están los regalos, las promesas ó la magia de vuestra elocuencia? Cuando capteis la atencion popular por lo particular de vuestro entusiasmo, ¿cómo quereis que os dejen llegar á que os sigan esos Monarcas divinizados, que pretenden tener con Júpiter á medias el poder supremo, y que este ha puesto en sus manos el gobierno del mundo?

Un delirio nos parecia el proyecto de San Pedro y San

Pablo, si no lo hubiera justificado el buen éxito; pero unas manos tan flacas vencieron á Roma y á todo el universo, y entregando á Jesucristo el cetro de los Césares, derribaron á Júpiter del capitolio, y del campo de Marte hicieron el baluarte de la Cátedra Apostólica. No solo se tributan allí supremas veneraciones al Hijo de Dios, sino que á sus ministros y á sus amigos se les da la honra conveniente. Hemos ya visto y sucesivamente veremos acudir los Emperadores al sepulcro de los Santos Apóstoles, dar culto religioso á sus cenizas, y besar con profundo respeto sus cadenas. Se tendrán por dichosos con que se les entierren, no en donde están los cuerpos de San Pedro y San Pablo, sino solamente á la entrada de su Iglesia, y tendrán á grande honra, como dice San Juan Crisóstomo, el ser guardias y porteros del Pescador.

Lo mas sublime del prodigio es, que la conversion del mundo se consiguiese entre peligros y persecuciones. Tuvieron los primeros fieles que sostener guerras violentas contra las ciudades y provincias; poco he dicho, contra las naciones conjuradas, y aun en el seno de sus familias, porque la diversidad de religion separaba á la esposa del esposo, y á los padres de los hijos, renovándose cada dia los odios y las vejaciones mas atroces, hasta que se fueron convirtiendo.

Como á los secuaces del nuevo culto se los miraba como sacrilegos desertores y enemigos públicos, se tenia á mérito acelerar su perdición. Todas las órdenes del estado, los estraños y los parientes se declararon contra ellos, y los que habian recibido la semilla de la fe, antes que esta echara profundas raices, se veían aprisionados, arrojados á los desiertos, excluidos de los empleos y los honores y notados de infamia. Les imponian todo

género de tormentos, todas las invenciones de una crueldad animada de la supersticion. El fuego lento, las parrillas encendidas, el aceite hirviendo, y tormentos tan horribles que no sabe uno de que admirarse mas, ó de que los inventasen los Griegos y los Romanos, ó de que los Cristianos los arrostrasen con tanta constancia.

Parecia que todos aquellos inhumanos enemigos llevaban una misma idea, y era la de sobrepujarse unos á otros en crueldad, y triunfar á fuerza de escesos de la paciencia inalterable de sus inocentes víctimas. Arrastraban de los cabellos brutalmente por las calles á unas personas de ilustre nacimiento y delicada complexion, y las revolcaban desnudas y desfiguradas entre zarzas y espinas, sin que ninguno de sus miembros quedase sin la mortificacion mas inhumana. ¡Ó cuántas veces al ver la pintura que aquí hemos trazado, nos ha venido al pensamiento que los que merecian semejantes horrores eran los que tenian la barbaridad de ejecutarlos! A unos los aserraban por medio del cuerpo, á otros los desollaban vivos, y despues echaban sal en todos sus miembros, los untaban con miel, y los esponian á los ardores del sol á la lenta voracidad de las abejas y las moscas. Los rodeaban con betun, y de este modo servian á manera de teas para iluminar las calles: imágenes horribles que parecerian pinturas de una imaginacion desenfadada, si no hubiéramos demostrado la realidad en las actas mas auténticas de los Mártires, y en algunos pasages de historias estritas por los mismos Paganos.

Estos generosos atletas entre tantos tormentos no decaían de su valor pacífico. Tan libres juzgaban estar en las cadenas, y tan superiores á los que los hacian juguete de sus crueldades, como

si no fueran sus cuerpos á los que atormentaban, ó asistieran al suplicio de una persona indiferente. Iban corriendo al cadalso y á las hogueras encendidas los viejos decrepitos y las tiernas vírgenes. Hasta los niños balbucientes empleaban las primeras palabras, cuando apenas las podían articular, para confesar á Jesucristo y pedir el bautismo. Veíanse precisados los tiranos, no pudiendo vencer su intrepidez, á revocar sus bárbaros rescriptos por no despoblar el Imperio. Convirtiéronse muchas veces los mismos ministros de la tiranía. La espada se les cayó de la mano á los verdugos, que presentaban su propia cabeza para ser ellos también Mártires.

¿De dónde vino tan general y tan heroico desprecio de la vida? ¿De dónde aquel unánime deseo de morir por un hombre que había muerto en una cruz, sino del pleno convencimiento de la verdad de los milagros y divinas obras que hacía como Hijo de Dios? Es cierto que han existido algunos hombres muy singulares que han desafiado por un capricho á la muerte, pero su corto número, con mil defectos en el juicio y en la conducta, acredita que eran raras producciones del fanatismo ó de un heroísmo loco. Mas aquí doce millones, según calculadores muy eruditos, ó una multitud prodigiosa por lo menos de personas de ambos sexos, de todas edades y condiciones, los más ilustrados en las cosas divinas y en las obligaciones del hombre, los más prudentes y virtuosos en su conducta, fueron los que por tres siglos consecutivos y aun en los siguientes dieron á los estados en cada provincia este santo y admirable espectáculo.

El incrédulo que conoce la fuerza de este testimonio, trabaja en vano para disimularla reduciendo á la nulidad el número de estos generosos testigos. Sus tentativas solo han servido

para que se reconozcan mejor aquellos monumentos originales y sinceros, cuya antigüedad y certidumbre demuestran la piadosa sencillez y lo mucho que hemos extractado. ¿Qué efecto pues no produciría la sabia colección que ha pulverizado los atrevidos alegatos del Inglés Dodwel, y los hubiera sepultado en el eterno olvido, si en nuestros días no los hubieran otros adornado al gusto de una depravada juventud en aquellos escritos cínicos, en donde la sal de la ironía, la obscuridad, la blasfemia y un tono de impostura que en nada repara, son toda su historia y erudición! No hay ningún alma sublime que leyendo los combates de nuestros Mártires, aun en los estrechos límites á que los reduce nuestro plan, haya podido menos de sentirse convencida y edificada.

Solo el carácter de ciertos perseguidores, como un Nerón, un Domiciano y un Maximino, hace más que verosímiles las circunstancias de sus sacrílegas crueldades. Si no se puede negar la gloria de equidad, clemencia y otras buenas prendas á los Emperadores Trajano, Marco-Aurelio, Severo y Decio; el genio de la superstición popular con que se honraban, el afecto de alguno de estos á una filosofía soberbia, libertina y enemiga declarada de una Religión pura, incomparable con otra Religión, que no da lugar á vicio, ni error alguno; y por último la política y el celo mal entendido de la pública tranquilidad y del bien del estado obligaron á estos Emperadores como lo hemos observado, á ser más terribles para los Cristianos sin comparación que Eliogábalo y Calígula. Tenían también algunas veces aquellos héroes de la idolatría la flaqueza de ceder contra su propio sentir á los gritos sediciosos de la soldadesca y del populacho, y frecuentemente no podían contener en las provin-

cias distantes los repentinos alborotos, en los cuales eran víctimas los Cristianos, armados solo de su paciencia. La Religión cristiana, como estrangera en el Imperio Romano, habia sido solemnemente proscrita, así por los decretos particulares de muchos Emperadores, como por la autoridad general del Senado, como consta por la proscripción del senador San Apolonio. Así que, antes de Constantino ninguno tomó la defensa de la fe con el vigor y autoridad que debia, para oponerse á las violencias que las antiguas preocupaciones colcreaban de un modo especioso.

Mas ¿para qué necesitamos inducciones y controversias? Para desvanecer toda sombra de duda recordemos al lector la historia de la última persecución general. Entonces, como dice Lactancio ó el autor del tratado de las muertes de los perseguidores, apoyado de un torrente de escritores de su siglo, entonces tres fieras, Diocleciano, Maximiano Herúleo y Maximiano Galerio descargaron su insaciable rabia por diez años consecutivos contra la mayor parte de las provincias del Oriente y Occidente. ¿Qué de excesos no cometió este triunvirato sacrílego! La Religión que no tenia á su favor mas que la santidad y mansedumbre, ¿pudiera sobrevivir por medios humanos al proyecto, meditado y seguido con tanto rigor, de aniquilarla? Aquí los partidarios anti-cristianos del scepticismo, obligados á conceder la mayor parte de los hechos, no encuentran donde recurrir sino á vagos clamores sobre el peligro de exageración. No pueden dudar de unos hechos claros, atestiguados por tan distintos escritores: rasgos brillantes de la justicia divina, que justificando la opinión comun sobre el grande número de Mártires añaden un nuevo grado de energía al elo-

cuente testimonio de su sangre tan generosamente derramada.

Podria yo aquí recordar el enlace que se debió advertir en la historia de la última persecución entre el carácter de cada perseguidor y el género de su muerte. Pudiera yo añadir el castigo funesto, no de Nerón, ni de Domiciano, igualmente odiosos por muchas circunstancias, sino el triste fin de Severo, Príncipe irreprochable, si no hubiera dado despues de ellos el primer edicto contra los Cristianos. Tampoco debia pasar en silencio la infelicidad en que se precipitó Decio en un acceso de vértigo con que el Señor amenaza al impío soberbio; y la desgracia de Valeriano que vino á verse esclavo de un Rey bárbaro, que le tomó por juguete por todo el resto de su vida, y para prolongar el oprobio le mandó desollar despues de muerto. No es mi intención hacer inducciones que aquí no caben, y que para ser concluyentes debian ser perfectas: volvamos pues la atención á los objetos que pertenecen mas á nuestra materia.

Las cualidades personales de los generosos confesores de la fe, sus virtudes, su noble candor, su celestial prudencia no son pruebas menos evidentes en favor de la Iglesia, que el número extraordinario de ellos. ¿Quién no convendrá desde luego en que fueron los hombres mas ilustrados de su tiempo en materia de culto y de costumbres, y en que constantemente sostuvieron los sólidos principios de lo verdadero y lo honesto contra el delirio y corrupción de la idolatría? Que cayeron sobre ellos las persecuciones por esta causa honorífica, y no por alguna acción deshonrada, lo demuestra la misma forma de los procesos que se actuaron contra ellos. Mandaron los Príncipes idólatras, como hemos visto que se lo echaba en cara Tertuliano, que no se buscasen los Cristianos, pero que se castigase á los que fuesen